2749

Cuadros
al fresco.

14

CUADROS AL FRESCO.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con quienes haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de las Galerías Dramáticas y Líricas de los Sres. *Gullon é Hidalgo*, son los exclusivos encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

CUADROS AL FRESCO,

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON TOMÁS LUCEÑO Y BECERRA.

Estrenado con aplauso en el Teatro de Lope de Rueda, el 31 de Enero de 1870.

MADRID:
IMPRENTA DE JOSE RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1870.

PERSONAJES.	ACTORES.
DOÑA RITA, viuda.....	SRAS. SAMPELAYO.
DOÑA RAMONA, cuca....	HIJOSA.
ELOISA.....	SRTA. GUTIERREZ.
NICOLASA, verdulera.....	SRA. CRUZ.
MATILDE.....	SRTAS. ALVAREZ.
ANSELMA, criada.....	SIERRA.
CESANTE.....	SRES. MARIO.
DON TADEO.....	PIZARROSO.
MANOLILLO, jornalero...	MORALES.
ABELARDO.....	OSSORIO.
UN INVÁLIDO.....	ALISEDO.
SALCEDO.....	BENETTI.
DON CORNELIO, esposo de Doña Ramona.....	RUIZ (D. M.).
ANDRÉS.....	FUENTES.
UN CRIADO.....	BENEDÍ (D. R.).
COSME, cafetero.....	BARDO.
AGENTE DE POLICÍA....	RUIZ (D. E.).
BARBERO.....	SEDANO.
UN CIEGO.....	ESPEJO.
UN SERENO.....	BENEDÍ (D. V.).
UN PILLUELO.....	RÓDENAS, niño de doce años de edad.

Jugadores. cucas y gente del pueblo.

La escena en Madrid: época, la actual.

NOTA. Las empresas teatrales de provincias, deben tener presente al poner en escena este juguete, que algunos papeles pueden ser desempeñados por un mismo actor. Por ejemplo: el que se encargue del papel del señor Cosme, puede hacer á la vez el de Agente de Policía, así como tampoco hay inconveniente en que sea uno mismo el Ciego y el Sereno.

ACTO ÚNICO.

Calle. En el fondo una casa con un balcon, en cuyas vidrieras se refleja bastante claridad; á la derecha, primer término, otra casa con balcon tambien, y á la izquierda, segundo término, un puesto de café, aguardiente y buñuelos. Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

ELOISA en el balcon de la casa de la derecha, ABELARDO en la calle, el señor COSME arreglando el puesto, y el SERENO sentado y dormido en el dintel de la puerta de la casa de enfrente. Ántes de empezar el diálogo, se oyen por breves instantes los ronquidos del Sereno.

ABEL. Sí, Eloisa, te confieso
que te adoro con delirio.
ELOISA. Y yo á tí! Si comprendieras
cuánto, te quedabas bizco.
ABEL. Entónces no me lo digas,
que sentiria muchísimo
me ocurriera tal desgracia;
guarda el secreto. (Breve pausa.)
ELOISA. (Suspirando.) Ay! bien mio!
ABEL. (Id.) Ay! Encanto de mi alma!
ELOISA. ¿Por quién suspiras?

670002

ABEL. Suspiro
por tu amor (y por mi capa;
no puedo con este frio;
me voy á quedar más tieso,
que un lacayo de servicio).
Mira, ¿no crees prudente,
puesto que ya hemos tenido
un ratito de palique,
que me marche? Son las cinco...

ELOISA. Sospecho que no me quieres,
que estás mal al lado mio.
¡Ingrato! te estás burlando
de mi amor; lo he conocido.
Sé que tienes otra novia,
sí, lo sé porque te han visto
la otra noche en Capellanes
con ella; tú ibas vestido
de oso blanco, ella de monja
con un manto muy raido
y más viejo que el pedir
prestado.

ABEL. ¡Vuelta á lo mismo!

ELOISA. Abelardo, ¡eres un pez!...

ABEL. Eloisa! ya te he dicho
mil veces que á nadie quiero
más que á tí.

ELOISA. Pues yo imagino
que no, porque hace tres meses
tienes amores conmigo,
y aún nada me has hablado
de matrimonio, ¡clarito!
¿Qué, crees que soy yo tonta?
Pues no lo soy hijo mio.
Y debo advertirte ahora,
que si no estás decidido
á casarte, te retires
con la música á otro sitio.

ABEL. Pero hija mia, ¡por Dios!

ELOISA. Si vienes con fin torcido
nada lograrás, que soy
honrada, ¡nací en Trujillo!...

ABEL. Deja al ménos que termine

la carrera.

ELOISA. No es preciso;
es tanto lo que te quiero,
que con gusto me resigno
á que tus padres nos tengan
en su casa...

ABEL. Un sacrificio
es ese que me demuestra
que sientes por mí un cariño...

ELOISA. ¿Cuándo acabas la carrera?

ABEL. Muy pronto: me faltan cinco
años, mas ya sabes tú
que soy un muchacho listo,
y en un año estudiar puedo
todo lo que otros en cinco.

ELOISA. Bien, esperaré ese tiempo,
y si una vez trascurrido
no me cumples tu palabra,
sin más ni más *te suicido.*

ABEL. ¡Qué barbaridad!

(Se oye dentro ruido y Eloisa escucha un breve rat o.)

ELOISA. En la alcoba
de mi padre siento ruido...
Y anda en la mesa de noche...
Hasta luego, Abelardito.
Ya lo sabes, ve al Café
de Madrid, al mismo sitio
de siempre, con disimulo
te haces el encontradizo,
pagas la cena á mamá
para que no esté de hocico,
y no dudes un momento
de mi amor...

ABEL. Oye, ¡ángel mio!

ELOISA. ¡Ahora me voy á ganar
la gran paliza del siglo!

(Se retira Eloisa.)

ABEL. Súfrelo todo por mí.
Hasta luego...

UNA VOZ. (Dentro, que figura ser la del padre de Eloisa.)
¡Adios, cernícalo!

ESCENA II.

DICHOS, menos ELOISA.

ABEL. El dia que me le encuentre
en la calle, le santiguo.
¡Es un padre este papá
de padre y muy señor mio!
Y la niña no es maleja;
pero ya desde que ha dicho
que pensemos en la boda,
me gusta ménos; y opino
por dejar el puesto á otro
y largarme; sí, está visto,
en amor soy desgraciado...
Siete novias he tenido
en tres meses, y á las siete
se las ocurrió lo mismo.
El padre de esta es un hombre
que debe de ser muy listo;
me vió una vez y al instante
á fondo me ha conocido.
Dice que soy calavera,
algo aficionado al vino,
jugador, desvergonzado...
en fin, que soy un perdido.
Y es la verdad, nunca tengo
un cuarto ni á quien pedírselo.
Pero en cambio soy en trampas
extremadamente rico.
Aquella es casa de juego;
(Fijándose en la casa de enfrente.)
el aspecto es de lo mismo;
esa luz que se distingue
á través de los visillos,
y el ver dormido en la puerta
al sereno, son indicios...
Voy á subir, y si puedo,
levantaré un *muertecito*
de poco, de cuatro duros...
ó mejor será de cinco.

(Entra en la casa, cuya puerta le abre el Sereno: éste la deja abierta y se va por la izquierda.)

ESCENA III.

CESANTE, que sale por la derecha, frotándose las manos y con muestras de sentir mucho frio: se dirige á la mesa del SEÑOR COSME.

CES. Dios guarde á usted, señor Cosme.
COSME. Hola, amigo, ¿viene ya
á tomar el desayuno?
CES. Sí, señor; ¡qué atrocidad!
hace un frio insoportable.
COSME. Un poquillo...
CES. Luégo, están
los bancos de la plazuela
tan frios, que es por demás.
No pude en toda la noche
un momento descansar.
Pero ¿qué es esto, Dios mio?
Siento así como humedad
en la pierna izquierda, (Mirándose.) ah! vamos!
algun perro que al pasar...
COSME. Tome usted una copita
y entrará en calor.
(Le da una copa de aguardiente, y el Cesante la bebe haciendo gestos.)
CES. Ajaá!
(Despues de haber bebido.)
¡Caramba! tiene más grados
que un teniente general.
Esto sí que es bala rasa.
COSME. Pica un poquillo.
CES. Es verdad.
Al principio escueco un poco;
pero luégo... escuece más.
COSME. Ahí tiene usted el café...
(Se le sirve en un vaso pequeño.)
CES. Siento un apetito tal,
que si tuviera otro cuarto

le tomaria con pan.

GOSME. No lo deje usted por eso,
que ya me lo pagará.
(Le pone en el plato medio panecillo.)
(Ap.) Infeliz! me dan más pena
estos pobres de gaban,
que los que de oficio imploran
la pública caridad.

CES. Tiene usté un café excelente,
y la leche es regular,
y sobre todo, en el precio
no cabe más equidad.
Dos cuartos café con leche,
y tres si se toma pan.
¿Tendrá usted mucha parroquia?

COSME. Sí, no me puedo quejar;
y ahora que intento reformas
en el puesto, acudirá
más gente...

CES. Hola! tal vez
va usted la mesa á ensanchar,
ó ¿á comprar otro servicio?

COSME. Justamente, y ademas,
tengo apalabrado á un chico
que toca el harpa, y vendrá
mientras almuerza la gente.

CES. Hombre, bien! á no dudar
va usté á hacer un gran negocio.

COSME. Ya lo creo!

CES. Y mucho más
si ajustara una pareja
que aquí bailase el *can-cán*.

COSME. Puede ser que con el tiempo
lo haga.

CES. Y ¿qué hora será?

COSME. Precisamente hácia aquí
viene el Sereno.

CES. Es verdad!

ESCENA IV.

DICHOS y el SERENO, que sale por la derecha, y despues de haber llegado pausadamente á la mitad de la escena, se detiene, y con voz bronca y fuerte, canta la hora haciendo muchos gorgoritos, pero sin que se le entienda una palabra.

CES. ¿Le ha entendido usted?
COSME. Yo no.
CES. Siempre me sucede igual.
Los serenos de Madrid
son una calamidad.
Y eso que á mí, sean las dos
ó las tres, igual me da.
(Se oye á lo lejos las campanillas de las burras de leche.)
Ese es el mejor reló;
pronto de dia será.
(El Sereno da un soplo á la luz del farol, y se acerca á la mesa del señor Cosme; éste le sirve café, y despues se va el Sereno.)

ESCENA V.

DICHOS, D. TADEO, fumando, y con capa.

TADEO. Cuando digo que esa chica
me va á trastornar el juicio!
Vamos, parece mentira
que pegar no haya podido
los ojos, pensando en ella.
Ya pronto vendrá; me ha dicho
que va á la compra temprano,
y yo, como soy tan pillo,
jé, jé, me dije: «Tadeo, (Riéndose.)
mañana ten cuidadito
con madrugar, porque tienes
que hablar con tu dulce hechizo.»
Francamente, las criadas
(Empieza á amanecer.)
son mi ramo favorito...

Jé, jé, están tan frescotas,
y tienen unos carrillos,
y unos ojos, y unas... Vamos
con calma, don Tadeito,
no se sofoque usté así,
que parece usté un chiquillo.
Ya se ve, como yo soy,
aunque me esté mal decirlo,
un viejo bien conservado...
me dan cuanto yo las pido.
Tengo ochenta y cuatro años
y aparento treinto y cinco,
gracias á mi peluquero,
que me fabricó un postizo
excelente; nadie dice
que este pelo no es el mio.
(Se quita el sombrero y se le ve una peluca muy mal figurada.)
Jé, jé, si soy el demonio;
tenia un pelo hermosísimo;
me dí aceite de bellotas,
y todo se me ha caido.

CES. (Acercándose con una colilla de cigarro en la mano, que apenas se distingue.)
Caballero?

TADEO. Qué se ofrece?
(Ya se escapó del asilo
este pobre; ¡es imposible
el tenerlos recogidos!)

CES. ¿Me hace usté el favor del fuego?

TADEO. Para qué?

CES. Es muy sencillo;
para encender mi cigarro.

TADEO. Ah! vamos, no le habia visto;
es tan pequeño que apenas
se distingue, amigo mio.
(Le da D. Tadeo el cigarro, enciende el Cesante y despues le entrega la colilla, quedándose con el puro.)

TADEO. Me gusta!...
(Sorprendido y sin tomar la colilla.)

CES. Dispense usted;

como soy tan distraido!
(Deshacen el cambio, despues de dar el Cesante dos chupadas con ansiedad muy marcada al cigarro de D. Tadeo.)
El tabaco que usted fuma
es un tabaco magnífico!
Si quisiera usted decirme
á qué hora y en qué sitio
tirará usted la colilla
de ese cigarro... lo digo
porque, francamente, iria
á cogerla.

TADEO. (Pobrecillo!)
Vaya, tome usted y fúmelo
á mi salú.
(Saca la petaca y le da un cigarro puro.)

CES. (Conmovido.) ¡El treinta y cinco
me declararon cesante,
y desde entónces no he visto
un puro entero en mis manos!
¡Dispense usted si me admiro!

TADEO. Ya se sabe, no se puede
en este país maldito
ser empleado...

CES. Sí tal;
ser empleado es magnífico;
lo que no se puede ser
es cesante. No me aflijo;
tengo la seguridad
de que en viniendo los mios...
¿ve usted qué perdido estoy?
pues estaré más perdido.

ESCENA VI.

DICHOS y BARBERO, que sale por el fondo derecha.

BARB. ¡Á quién le dejo la cara
como el papel!

CES. Con permiso,
voy á que me den un *pase*,
que parezco un capuchino;

¿usted gusta?

TADEO. Muchas gracias,
que no le desuellen vivo
me alegraré. ¿Dónde diablos
se habrá esa chica metido? (Váse.)

ESCENA VII.

DICHOS, menos D. TADEO.

CES. Oye, *Sí Sí;* ven acá,
prepara al punto los trastos
de matar, y en un momento...

BARB. En ménos que canta un gallo...
(Coloca un banquillo con asiento de tela en el suelo, y saca una de las navajas que llevará en el bolsillo de la chaqueta.)
No se siente usted con fuerza
que está recien encolado.
(Se sienta el Cesante, se quita el sombrero, que coloca entre las piernas, y saca del mismo un pañuelo azul grande, poniéndosele á manera de paño de barba.)

CES. Demonio! á ver si me cortas
las narices.

BARB. No es *pa* tanto!
ademas, teniendo yo
el instrumento en la mano,
no hay miedo.
(Empieza á afeitarle. Unas veces se arrodilla, otras le coloca la cabeza casi debajo de su brazo, y en fin, haciendo cuantos movimientos contribuyan á la propiedad de esta escena.)

CES. ¡Dios me socorra!
Oye, en la esquina parado
hay un perro que te mira
hace ya bastante rato.
¿Es tuyo?

BARB. Cá, no señor,
sino que el muy condenado,
porque le eché el otro dia
un pedacillo de labio,

que le arranqué á un aguador
mientras le estuve afeitando,
cree que todos los dias
voy á hacerle ese regalo.

CES. ¡Ay, Dios mio! no prosigas.
(Queriéndose levantar.)

BARB. ¿Por qué no, si pronto acabo?
¿Le hace daño la navaja?

CES. No; ah! oh! uh! ¡qué manos
te dió el Señor!

BARB. Se entusiasma
conmigo...

ESCENA VIII.

DICHOS y un CIEGO, que sale por el primer término izquierda, y tropieza con el CESANTE y el BARBERO.

CIEGO. ¡Á cuartito, á cuarto!...
(Váse por la derecha.)

CES. (Levantándose precipitadamente, y tapándose la barba con el pañuelo.)
¡Animal! Buena la has hecho.
¡Socorro, que me desangro!
(Desaparece corriendo.)

BARB. ¡Y se marcha sin pagar!
Ya verás tú si te alcanzo.
(Coge el banquillo, y echa á correr tras el Cesante.)

ESCENA IX.

Salen de la casa de juego varios jóvenes, mujeres vestidas con ridícula elegancia, y SALCEDO y DOÑA RAMONA. Desaparecen todos en distintas direcciones, menos estos últimos, que bajan al proscenio.

RAM. (Con talma encarnada, una rosa blanca en la cabeza, y el peinado en desórden.)
Te digo que no me voy
sin tomarla el cuadro, ea.

SALC. (Vestido de señorito, pero con aire de chulo.)
Mira, márchate á dormir

y déjate de quimeras,
que si se entera la gente...
es una mala vergüenza...
Ademas, ella no tuvo
la culpa, dió el juego quiebra,
y ¡es claro! en el cuarto golpe
perdió la vaca.

RAM. Si es mema
esa mujer: tú, figúrate
que la dije: Micaela,
¿quieres hacer una vaca
conmigo? Corriente, venga,
me contestó, y la entregué
veinte reales en pesetas.
Ten cálculo, juega siempre
á las sotas, que Manguela
las sabe amarrar muy bien
y suele echarlas en puerta.
Consiguió darle tres golpes
á la vaca, de manera
que yo tenia bastante
para pagar una deuda
perentoria; un polison
y otra dentadura nueva.
Quise retirarme al punto,
pero ví sobre la mesa
una sota con un rey,
y yo la dije: aquí es ella,
mételo todo á la sota,
y nos armamos; y esa...
como ha tenido en palacio
empleadas á su abuela
y á su mamá, puso al rey
como de respeto en prueba.
Y por más que yo grité,
esa postura no juega,
fué tarde, porque el banquero
habia ya dado vuelta
á la baraja, y ¡es claro!
apareció la primera
la sota; vamos, la ahogo
en cuanto baje.

SALC. Más cuenta
te tiene marcharte á casa,
que son ya las seis y media,
y si tu pobre marido,
al levantarse, se encuentra
sin tí, y llega á saber
que por las noches le dejas
solo y te vas á jugar,
¡te va á pegar una felpa!

RAB. Es verdad! me estoy portando
con él de inícua manera.
No creas, que muchas veces
me remuerde la conciencia,
sobre todo, cuando pierdo...
Sí, me marcho ántes que venga
á la compra; el infeliz
madruga que se las pela
por traerme de la plaza
todo lo mejor que encuentra.
Si ves á esa chica, dila
que la ajustaré las cuentas. (Váse.)

ESCENA X.

SALCEDO.

Nunca estoy yo más contento
que cuando pierde esa nécia.
Se pone tan sofocada,
tan nerviosa y tan colérica,
que se quisiera comer
á la baraja, á la mesa,
y á toda la sociedad
que en la partida se encuentra.
Se le tuerce la peluca,
y la barbilla le tiembla;
llora, reza, gruñe, rie,
ó comienza á hacer promesas
á los santos, y si gana
de cumplirlas no se acuerda.
¡Digo, que es cosa de ver
incomodada á esa plepa!

ESCENA XI.

SALCEDO y MANOLILLO, que sale por la derecha en traje de jornalero.

SALC. Manolillo, anda con Dios;
no saludas á la gente.
MAN. No te habia visto, dispensa.
SALC. ¿Dónde vas?
MAN. Á donde siempre,
á trabajar, es muy tarde
y no puedo detenerme.
SALC. ¿Vas muy lejos?
MAN. Mas allá
de Chamberí.
SALC. Oye, detente
un momento; ¿cuánto ganas?
MAN. Muy poco; á razon de siete
reales diarios.
SALC. ¡Pero, hombre!
y ¿tienes valor?...
MAN. ¿Qué quieres?
Y ¡ojalá que no me falten!
SALC. ¡Eres un pobre inocente!
¿Voy yo bien vestido?
MAN. Sí.
Un marquesito pareces;
¿tienes tal vez una vieja
que te...
SALC. Cá! y si tú quieres
vestir como yo, gastar
y tener un duro siempre
en el bolsillo, hazme caso
y puede ser que te alegres.
MAN. No acierto...
SALC. (Bajando la voz.) Me dan un duro
por cada jóven que lleve
á jugar en ese cuarto
principal que ves enfrente.
Ya sabes lo que es Madrid,
y fácilmente se puede

engañar á diez ó doce
al dia; y aquí me tienes
que yo seria de oro...
sí, de oro, si no fuese
porque lo que aquí se gana
en otra parte se pierde.
¿Conque aceptas, Manolillo?

MAN. Eso es decir que pretendes!....
(Separándose con indignacion.)

SALC. ¡Ya verás qué vidas pasas!

MAN. Quita, quita, no te acerques
á mí, que tu infame aliento
es fácil que me envenene.
Ser tu amigo me sonroja,
si á tu lado álguien me viese
tal vez creyera que soy
como tú falso y aleve.
Si me encuentras otro dia
no me saludes ¿lo entiendes?
Ántes que ser un perdido
quiero mil veces la muerte.

SALC. Chico, ¡parece mentira!
con qué *repulgos* me vienes....
No eres poco escrupuloso...

MAN. ¡Soy honrado!...

SALC. No parece
sino que yo no lo soy.

MAN. Y todo el que honra tiene
quiere ganarse la vida
con el sudor de su frente.

SALC. Déjate de tonterías,
Manolillo, anda, vente
y yo te daré otro traje
mucho mejor, que tú eres
simpático, y para el arte
de *gancho*, precio no tienes.

MAN. Adios, infame, es en vano
que trates de corromperme.
Si tú y otros como tú
en la cárcel estuviesen
la juventud fuera otra.

SALC. Á mí no pueden prenderme;

vestido de caballero
nadie á sospechar se atreve...
Si fuera de tí...

MAN. Es verdad! (Con tristeza.)
El mundo ha buscado siempre
al malvado en este traje,
sin que quiera convencerse
de que hay muchos como tú
que á la sociedad pervierten.
(Váse por la izquierda.)

ESCENA XII.

SALCEDO.

Por su bien se lo decia;
á mí que el diablo le lleve
me importa un bledo. Está visto,
el bien nunca se agradece. (Váse.)

ESCENA XIII.

ANSELMA, que sale por la izquierda con cesta en el brazo, y NICOLASA por la derecha tambien con cesta llena de hortalizas.

NIC. Buenos dias, doña Anselma.
ANS. Dios te guarde, Nicolasa.
¿Quieres decirme por qué
con tal *rispeto* me tratas
que me llamas *doña*?
NIC. Sí...
Tengo razones fundadas.
Como está en moda hace tiempo
tratar con buenas palabras,
con *riverencia* y dulzura
á aquel que debe y no paga...
Y soy tu *inglesa*, lo cual
no me hace *nenguna* gracia,
por eso... ¿me entiendes ya?
ANS. ¡Que si te entiendo! Anda, anda
ya te veo de *venil*
y me pongo *coloráa*.

No lo ves? *miá* qué sofoco
que se me sube á la cara.
Mira, mira, ya los *niervos*...
Y si hubiera una butaca
cerca de mí, pueda ser
hasta que me desmayara.

NIC. Pero como no la hay
es claro, no te desmayas.
¿Sabes lo que estoy pensando?
Que estás cada vez más guapa
desde que no vendes coles
y te has *metio* á criada?

ANS. De veras?

NIC. Como lo oyes.
Y ayer me han dicho en la plaza,
que tanto tu amo te quiere
que muy pronto serás ama.

ANS. Pueda ser! Y ¿vendes mucho?

NIC. Así, así, una miaja,
y estoy *mu* triste; por qué
no eres ya mi parroquiana?
La única que no me debe
un cuarto eres tú...

ANS. Caramba!...
estás muy provocativa
y yo no estoy para chanzas.
¿Sabes por qué no te pago?
pues porque no tengo gana...
Si buscas un *gofeton*
que se perdió esta mañana
aquí, yo te le daré
y estamos en paz.

NIC. Hay calma
pa escucharte! Si no fuera
porque hace cuatro semanas
que salí de la Galera
y no quedé arregostada
para ir otra vez, hoy mismo
de tu moño fabricaba
un *bisoñé pa* taparle
al amo tuyo la calva.

ANS. *Pus* mira, yo que no he *estao*

en ese sitio pensaba
dar motivo para verlo,
y creo que no se pasa
el dia sin que consiga
mi gusto.

NIC. Con verlo basta.
(Deja la cesta en el suelo.)

ANS. ¿Es que me vas á *pegal*?

NIC. Es que sí!

ANS. ¡Pero muchacha!
Para reñir debes darme
lo que me llevas de alta.
¿No ves que soy muy chiquita
y tú eres *grande!*

NIC. ¡Qué lástima!
¿No sabes que aunque pareces
pequeñita, eres *mú larga!*...

ANS. Vaya, pues pega primero!

NIC. Pega tú!

ANS. ¡Si no mirara!

NIC. *Pus* no mires, que la vista
para pegar no hace falta.

ESCENA XIV.

D. CORNELIO, con gorro negro de terciopelo, capa larga sin esclavina y un talego en la mano derecha: DOÑA RITA vestida pobremente de luto.

CORN. (Interponiéndose.)
Vamos, vamos, haya paz
entre dos ruines, ¡caramba!

RITA. No os maltrateis, hijas mias;
que Dios á todas nos manda
que como hermanos vivamos
en paz y en eterna calma.
Vamos, daros un abrazo
y un beso.

NIC. Un beso! Ya baja.

ANS. Vete tú por tu camino,
y tú por el tuyo, anda.

NIC. Sí, me voy porque si no

me la bebo... ¡Si eres chata!

ANS. Mira quién habló, y parece
que se han *sentao* en su cara. (Váse Nicolasa.

ESCENA XV.

DICHOS, menos NICOLASA.

ANS. No se escapará, que hoy
por fortuna en la Pradera
de Guardias ahorcan á uno,
y ella irá con Antoñeja,
el trapero, y de seguro
que allí la salto las muelas.

CORN. Allí no la encontrarás;
dice *La Correspondencia*
que indultan á ese infeliz.

ANS. (Con disgusto.) Me lo dice usté de veras?

CORN. Pero chica, ¿te disguta?

ANS. Tengo una sombra más negra!
Yo que pensaba esta tarde
llevar allí la merienda
y pasar alegremente
el rato... ¡maldito sea!
Basta que piense una cosa
pá que no salga derecha. (Váse.)

ESCENA XVI.

DICHOS, menos ANSELMA.

RITA. ¿Pero ha visto usted qué gente?

CORN. Hay que dejarlas, señora,
tan pronto andan á la greña
como van juntas de broma.
Casi todas las mañanas
cuando yo voy á la compra,
veo escenas semejantes;
por eso ya no me chocan.

RITA. Usted vive solo ¿eh?

CORN. Estoy casado, señora.

RITA. ¡Por muchos años!

CORN. Mil gracias;
Y quiero tanto á mi esposa,
que porque no se moleste
hago una porcion de cosas;
como barrer la cocina,
planchar y lavar la ropa,
rizarla el pelo, y tambien
la suelo limpiar las botas.
RITA. Entónces se encontrará
con usted como en la gloria.
No era mi difunto así,
que un dia, por poca cosa,
porque me encontró enredando
en el cajon de su cómoda,
tal bofeton me arrimó
que estoy desde entónces sorda.
CORN. ¡Qué barbaridad!
RITA. Y ahí tiene
usted lo que son las cosas;
le amaba con frenesí,
y hoy lloro como una loca
su muerte, y voy á la iglesia
y allí estoy dos ó tres horas
rezando por su descanso.
(Ap.) (Y viendo si las devotas
tienen algo en el bolsillo
que me sirva.)
CORN. Pues muy tonta
es usted en encomendarle
á Dios, cuando tan penosa
fué para usted su existencia.
RITA. ¡No importa, amigo, no importa!
CORN. Y hace mucho que murió?
RITA. Veinticuatro años.
CORN. Sopla!
Y en ese tiempo ¿no pudo
acostumbrarse á estar sola?
RITA. No señor, que necesito
mucho de un varon la sombra.
CORN. (Ap.) (El cuerpo es lo que quisieras;
no estás tú mala gazmoña.)
Con el permiso de usted

me retiro. Hice mi compra,
y no quiero que me riña
si tardo mucho mi esposa.
Hasta otro dia.

RITA. Id con Dios!

CORN. (Registrando en el talego.)
Acelgas y zanahorias,
bacalao... ¿Se me olvida
que comprar alguna cosa?
Carne! Hoy no compro carne
porque al pasar por la alcoba
de mi mujer, entre sueños
gritaba como una loca,
¡maldita vaca! Maldita
sea mil veces la hora...
Y esto es que ayer la hizo daño;
así, aunque hoy no la coma...
(Váse D. Cornelio, dejando caer un pañuelo que recoge Doña Rita con el mayor sigilo.)

ESCENA XVII.

DOÑA RITA.

Si yo quisiera, podria
ganar la vida cosiendo,
mas tengo tal aficion
y tanto amor á lo ageno,
que... vamos, no estoy tranquila
hasta que no lo poseo.
Y eso que hace quince dias
que en cuantos bolsillos meto
la mano, no hallo un real.
Tengo en casa un cofre lleno
de pañuelos de algodon,
cajas de rapé, llaveros,
dedales y cortaplumas,
y papeletas de empeño.
Si esto sigue así, no hay más,
el mejor dia me muero:
y no es eso lo peor,
sino que voy al infierno

derecha, si es que le hay,
que yo, francamente, creo
que al fin y al cabo en la gloria
todos juntos nos veremos.

ESCENA XVIII.

DOÑA RITA y el CRIADO, que sale por la derecha con una cesta grande en el brazo.

RITA. ¿Á dónde vas, buen mozo?
CRIADO. (Mirándola con extrañeza.)
Voy hácia casa.
RITA. ¿Tan pronto?
CRIADO. Nunca he visto
vieja más rara...
No la conozco...
RITA. ¿Sabes que eres muy guapo?
CRIADO. ¡Me echa piropos!
En mi pueblo me han dicho
que aquí hay marquesas
que enamorarse suelen
de nuestras prendas.
Bueno estaria...
Pero esta no es marquesa,
tiene una pinta...
RITA. Se conoce que ricos
son tus señores,
porque llevas la cesta
con provisiones
que hay para un año.
CRIADO. Pues no sé si con ellas
se dará abasto.
(Doña Rita empieza á registrar la cesta del criado sin que éste se aperciba.)
Sirvo en *cá* de un fondista
de los mejores,
y acuden á su casa
mil señorones,
que aunque no pagan,
quieren que se les sirva
lo mejor *qué haiga*.

Hoy tendremos un dia
barbián, flamenco,
porque hay tres desafios,
boda y entierro.
Y como es moda,
dimpues de todo esto,
van á la fonda.

RITA. (Despues de haber logrado robar de la cesta una liebre que oculta debajo del manton.)
Entónces, vete, corre,
no te detengas...

CRIADO. Y digasté ¿á qué debo
la dicha esta,
de haberla hablao?

RITA. Te lo diré mañana,
ven más temprano.
¡Adios, pillin del alma!
(Haciéndole fiestas en la cara.)

CRIADO. ¡Adios, pichona!
volveré... (Las espaldas.
¡Vaya una momia!) (Váse.)

ESCENA XIX.

DOÑA RITA, contemplando entusiasmada la liebre.

¡Qué hermosa eres!
¡Donde ménos se piensa
salta la liebre!
(Se dirige al fondo y la detiene un pilluelo.)

ESCENA XX.

DICHA y PILLUELO.

PILL. Ahora mismo viene usté
conmigo á aquella taberna,
y me ha de dar la mitad
de la liebre, y si se niega,
llamo al muchacho y le digo
que la robó de su cesta.

RITA. (Queriendo ocultar la liebre.)

Pero, chico, tú deliras...

PILL. Que deliro? Eh! (Llamando al criado.)

RITA. (Tapándole la boca y cogiéndole de un brazo.)
¡Ten la lengua!
Maldito, permita Dios
que veneno se te vuelva.
(Vánse por el fondo, pero sin que el Pilluelo suelte la liebre.)

ESCENA XXI.

ANDRESITO, vestido muy elegante en traje de mañana; MUNICIPAL, detrás de él; despues GENTE DEL PUEBLO, que los rodea, y NICOLASA.

MUN. Caballerito?

AND. Qué ocurre?

MUN. Nada, que me entregue usted
medio duro.

AND. No comprendo;
yo medio duro ¿por qué?

MUN. Dispénseme la pregunta,
pero usted ¿sabrá leer?

AND. Sí, señor; y de corrido.

MUN. Pues entónces, lea usted
lo que dice en la fachada
de esa casa.

AND. (Poniéndose los quevedos y mirando hácia adentro.
Veamos, pues.
(Leyendo.) «*No se permite fijar carteles...*»

MUN. Siga.

AND. (Continúa leyendo.) «*Ni hacer...*»
Es verdad, amigo mio,
(Metiéndose la mano en el bolsillo del chaleco.)
me ha cogido usté en la red.
Pero debo á usted advertirle
que yo no sé si tendré...

MUN. No importa; quiere decir
que si á usted lo mismo le es
pasar un dia en la cárcel,
de pagar se evita usted.

AND. ¡Qué horror! ¡no faltaba más!
Pues seria cosa de ver
metido en el Saladero
á todo un hijo de un juez!

MUN. Allí hay de todo; hay personas
que habrá visto alguna vez
frecuentando las tertulias
de un baron ó de un marqués...

AND. Tome usted una peseta
(Le da una peseta.)
en plata; espérese usted...
Ahí van dos reales en décimas...
es decir que le dí seis...

MUN. Faltan cuatro.

AND. Sí, es verdad,
que seis y cuatro son diez.
(Se registra los bolsillos.)
Pues, hijo, siento decirle
que no tengo...

ESCENA XXII.

DICHOS y MATILDE, en traje de modista.

MAT. Pero Andrés,
está usted con esa calma!...
¡Hombre, me parece bien!...
Y hace una hora esperándole
pa que me lleve al taller...

AND. ¡Cielos, mi novia!

MAT. (Reparando en la gente.) ¿Qué es esto?
¿Qué ha podido suceder,
que se encuentra rodeado
de gente?

MUN. Cálmese usted.
Es que este caballerito
acaba de cometer
de urbanidad una falta,
y estoy esperando á que
me entregue los cuatro reales
que faltan para los diez.

MAT. (Riéndose.) ¡Ah! ya adivino, ¡qué risa!

AND. ¡Por Dios! no se ria usted.
¡Yo me desmayo, Dios mio!

MAT. (Sacando una peseta del porta-monedas, y entregándosela al Munícipal.)
Ahí va.

MUN. Tome usté el papel.
(Le entrega un papel.)

AND. (Abriéndose paso entre la gente.)
Hasta otra vista, señora...
¡Qué vergüenza! (Huye precipitadamente.)

MAT. Escuche usted!
(Váse riéndose en la misma direccion de Andresito; la gente que les rodeaba se esparce en distintas direcciones, menos Nicolasa, que se coloca en la mitad de la escena, y se queda mirando al sitio por donde desapareció Andresito.)

ESCENA XXIII.

NICOLASA.

Vamos, *misté* que es gracioso...
¡si este Madrí es un belen!
La *mitá* de los que van
vestidos á la *dilniel*,
como dicen los franceses,
nunca tienen un *calê*.

ESCENA XXIV.

NICOLASA y MUNICIPAL, que sale por la izquierda.

MUN. Y usted, ¿qué hace aquí parada?
(Con malos modos.)

NIC. Toma, *pús* bien claro está;
estoy *pará*... porque estoy
rendia de tanto andar.

MUN. Pues descanse en otro lado;
aquí estorba el paso.

NIC. Ya!
Como fuera la Pascuala

no le habria de estorbar...

MUN. ¡Silencio, desvergonzada!

NIC. (Cogiendo la cesta con furia.)
Y ¡dicen que hay *libertá!*
(Con retintin.)
¡Quién quiere comprar *guindillas!* (Váse.)

ESCENA XXV.

MUNICIPAL.

No se las puede aguantar.
Siempre en lucha estoy con ellas,
y ni una vez se verá
que á relucir no me saquen
lo de que «no hay libertad.»
Y no son ellas las únicas,
que casos se han dado ya
de decirle á un panadero:
«amigo, venga ese pan,
porque está falto de peso
y no es nada regular
que así engañe usted al público.»
«No lo entrego, voto á san...
que para eso tenemos
un gobierno liberal,
y hay libertad para todo.»
Sí, suelo yo contestar,
tiene usted razon, la hay;
pero no para robar.
(Mirando el reloj.)
Hola! son las siete y veinte;
me retiro, que hora es ya...

ESCENA XXVI.

DICHO y CESANTE, que sale por la derecha, con la cara vendada.

CES. Por Dios, venga usted á poner
entre aquella gente paz!

MUN. ¿Qué sucede?

CES. Que dos hombres

en la plazuela se están
dando cada navajazo
que tiembla el mundo, y es tal
la rabia con que pelean
que yo los fuí á separar,
y si me descuido un poco,
vamos, me abren en canal.
Mire usted que navajazo
me dieron en el gaban.
(Se vuelve de espaldas, y se le ve roto el gaban desde el cuello á los faldones.)

MUN. No los veo.

CES. (Colocándole más cerca de los bastidores.)
Desde aquí...
más abajo del billar.

MUN. Yo no soy de este distrito,
allí está el municipal. (Váse.)

ESCENA XXVII.

CESANTE.

Hoy no gano para sustos...
no hay que dudarlo, yo vivo
de milagro; ¡si tuviera (Desesperado.)
á mano algun cachorrillo!...
(Transicion.)
le vendia ó le empeñaba,
porque ya siento apetito.
(Mirando á todas partes.)
¿Dónde estará el de órden público?
¡Ya le veo!
(Echa á correr hácia la derecha, y tropieza con el Barbero, que sale.)
Mi asesino!
(Huye aterrorizado, y el Barbero le sigue corriendo.)

ESCENA ÚLTIMA.

Se oye á lo lejos una marcha; la gente se agolpa hácia el segundo término derecha y entre aquella se verá á NICOLASA; un Inválido cojo, tuerto y manco, atraviesa corriendo la escena y se coloca entre la gente: este cuadro ha de presentarse animadisímo.

NIC. Chicas, mirad los soldados
que se marchan á la Habana.
¡Qué buenos mozos son todos!
¡Ay pobrecillos! ¡Qué lástima!
Señor inválido, ¡qué,
al verlos no se entusiasma!

INV. Voto á un cañon! ¡quién pudiera
acompañarlos! Mi alma
se llevan tras sí; mi dicha
fué pelear por la patria!
Nunca estuve más contento
que oyendo silbar las balas
en medio de los combates
al grito dé «¡Viva España!»
Por ella estoy tuerto, manco
y cojo, y tengo la espalda
abrasada de una vez
en que al entrar por Navarra,
me arrojaron agua hirviendo
desde un balcon de la plaza.
(Se oye la música más cerca.)
Ya se acercan; ¡hijos mios!
¡Que viva el honor de España!
(Todos contestan calurosamente á este *viva* y despues de salir por la derecha Salcedo atado codo con codo y detrás un municipal, cae el telon.)

FIN.